

Dieciocho brujas del Matarraña

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Dirección: Guillermo Romero Dronda

© Yol de Yeste

© Ilustraciones: María de la Fuente Soro

© Ilustración y grañas en portada y contraportada: Francisco J. Lázaro Núñez
Técnica: Temple al huevo en pergamino de cabra y tintas

© Ilustración Valderobres: Alberto Rodríguez Rebollo
Técnica: Plumilla sobre papel caballo

© Retrato Yol de Yeste: Antonio Azorín
Técnica: Acrílico sobre tabla

© Diseño gráfico: Guillermo - Gemajika
Maquetación: Gema Campos Mora

Primera edición: diciembre 2016

Segunda edición:

ISBN: 978-84-617-6016-9

Depósito Legal: Z 1431-2016

Imprime: INO Reproducciones, S. A.



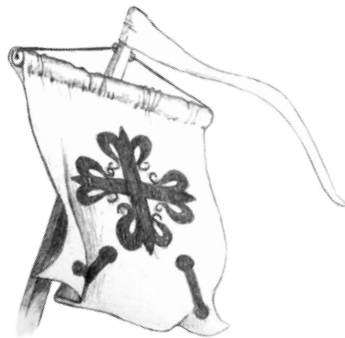
Yol de Yeste

Al silencio...



PARTE I

Relatos desde el año 600 hasta 1305





1

Nicolás

Valderrobres (Teruel), 2016

Un atardecer, Yol, al ver que su hijo Nicolás no cesaba de observar la montaña, le dijo:

—Esa montaña rectangular es La Caixa, así se la conoce. ¿Ves que tiene forma de caja? En realidad, su nombre verdadero es peña de Aznar Lagaya.

Nicolás abrió mucho los ojitos y miró fijamente a su madre con la boca entreabierta, esperando que le contase algo más.

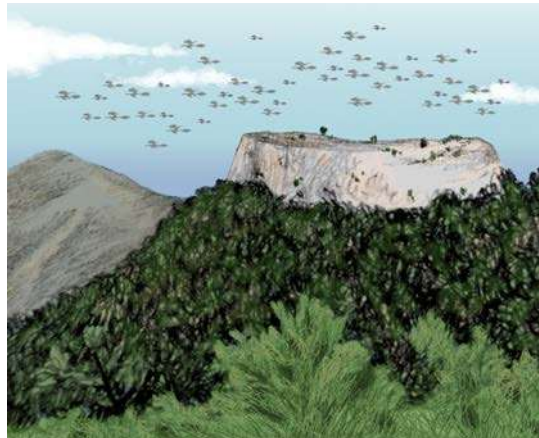
—¿Quieres que te narre un cuento de brujas?

Al niño se le iluminó el rostro con una preciosa sonrisa. No había pasado ni medio segundo cuando soltó un sonoro «sííí» dando saltos de emoción.

—Hace mucho tiempo, tanto que ni el reloj recuerda desde cuándo, en la planicie alta de La Caixa se juntaban las brujas de la comarca el día de San Juan. Llegaban volando montadas en sus viejas escobas y, después de mostrar a la bruja mayor sus ofrendas, celebraban una gran fiesta. Aquel año, se decidió juntar los poderes de todas ellas para que Melina y Melasa, convertidas en guardianas, los custodiasen en el corazón rocoso de la montaña.

—¿Son feas? —preguntó Nicolás con el ceño fruncido.

—Ni idea, hijo mío —se rio su madre—. ¡Ojalá lo supiera! Se dice



que aún siguen allí, en alguna parte, y su misión es preservar la magia y el encanto del Matarraña.

—Cuéntame más cosas —pidió por enésima vez a su madre desde la cama, con el cielo ya oscurecido.

—¿Cuántas veces te he dicho que no sé na más? ¡A dormir!

—¡Porfa, venga, porfaaa!

Su sed insaciable por saber agotaba la paciencia de Yol. Desde la historia de La Caixa, que despertó su curiosidad, llevaba toda la tarde pidiéndole más cuentos.

—Puedes soñar con las brujas —le indicó su madre en un intento de librarse como fuera del agobio del crío—. Quién sabe, quizá se te aparezca una, puede que Melasa o Melina. Si vienen a verte, no te asustes por nada y no dudes en preguntarles lo que quieras saber.

Nicolás asintió, se cubrió con la manta pequeña y cerró los ojos. Poco después se durmió y, en ese preciso instante, llegó el sueño y lo llevó a la emblemática montaña.

En el interior de los murallones de La Caixa, a Melasa se le movía la nariz olisqueando la presencia cercana de una criatura. Entre bramidos, abrió la infranqueable puerta de piedra. Alérgica como era a los niños, el solo hecho de que anduvieran cerca le provocaba sarpullidos por todo el cuerpo. Era una bruja arrugada como una uva pasa, gruñona y muy malhumorada.

—¿Y tú qué haces aquí? —le espetó amenazante enseñando la boca desdentada y escupiendo un nauseabundo aliento a sapos y culebras—. Aquí no puede entrar ningún niño.

—Me ha traído el sueño.

—Llámalo y dile que te lleve de vuelta a tu cama. ¡Largooooooo! —lo despeinó, azotándolo con tanto griterío histérico y viento fétido.



Las pullas de la irascible bruja parecían no importarle al niño, que no podía contener las ansias de hablar.

—Tengo dos mamás: mamá Lele y mamá Yol; son mi abuela y mi mami.

—¡Dame ese gato que llevas en la manta! —le exigió a voz en cuello, sin atender.

—Este gato es mío y me lo ha bordado mamá Lele —respondió haciendo pucheros, sin asustarse lo más mínimo.

—¡Largooooooooo!

La enrabetaba su descaro y, sobre todo, la valentía que el niño mostraba hacia a una bruja tan espantosa como ella. Su sonrisa abierta la sacaba de sus casillas.

—Si mamá Yol estuviera aquí, no te entendería nada.

—¿Nada? —no sabía ni qué pensar, enredada por la creciente confusión.

—No vocalizas y masticas las palabras. No se te entiende —se encaró con ella Nicolás—. Para oír, mamá Yol lee los labios y, como no tienes boca, no te puede escuchar.

—¿Cómo que no tengo boca?

—Digo que no tienes boca porque no pronuncias nada. En vez de hablar, escupes.

—¡No puedo contigo, no puedo con los niños! —rugía enloquecida. Como los gatos cuando se enojan, se le erizaba el vello y arqueaba los hombros agrandando su figura—. ¡Diablos, diablos, diablos!

—¿Qué ocurre? —a su espalda, el niño escuchó una voz musical y apareció de la nada la bruja Melina, con su cabra montesa pegada a las faldas—. Hasta más allá de los puertos de Beceite se oyen tus gritos, Melasa. ¡Uy!, veo que tenemos visita.

Melina era una joven guapa de pelo ondulado, vivaracha y locuaz. Como llevaba siglos sin recibir visitas, la presencia de Nicolás le ilusionaba sobremanera, pues, al contrario que a Melasa, los niños le insuflaban gracia y vitalidad.

—He sido yo quien ha pedido al sueño que me lo traiga —se disculpó Melina.

Melasa, entre farfulla y bufidos, les abandonó con aspavientos de fastidio, adentrándose en la cueva camuflada.

—¡Tienes unos ojos verdosos con el contorno perlado que enamoran! —se inclinó sobre el niño—. Tú eres Nicolás, si no me equivoco. No le hagas caso, que siempre tiene un humor de mil perros ladrando juntos. Ven conmigo, corazón. ¿Sabes quién soy?

—¡Melina! —le respondió con seguridad—. Me lo ha dicho mamá Yol.

—Efectivamente —se rio Melina un tanto sorprendida—. No se equivocó tu mamá.

Acto seguido le presentó a su revoltosa, pequeña pero robusta cabra montesa, de pelaje color canela.

—Yo antes tenía una escoba para desplazarme, pero un día de mala pata se me rompió sin más y caí de bruces en el río Matarraña. Menos mal que allí cerca estaba la cabra pastando y me salvó la vida. Desde entonces, somos pezuña y carne. Le puse de nombre Tera, pero como siempre le repetía: «Corre, Tera. Corre, Tera», al final se quedó con Corretera. En vez de tener escoba, como manda la tradición, la tengo a ella. Gracias a una pócima que le di de beber, me lleva en volandas trotando en el aire. Oye, Nicolás, escuché a tu madre contarte cosas sobre nosotras, pero eso solo es una mínima parte de una historia inconclusa que nadie sabe. A ti te gustan los cuentos de brujas, ¿verdad? ¿Quieres que te los cuente? —Melina se sentó en una roca y se alisó la falda del vestido.

El niño, agarrado a su mantita, asintió enérgicamente con un sonoro «sííí» sibilante, abriendo mucho los ojos, preparado para escucharla. Como un gatito amansado, Corretera dobló las patas y se echó a los pies de Melina con un prolongado bostezo, sabedora de que el relato iba a ser duradero, pues, harta, lo conocía de memoria. Su ama se lo había contado, hasta la saciedad, trillones de veces.

—¡Uy!, no me he dado cuenta de que eres demasiado pequeño para entender las historias sobre mitos, leyendas y fábulas tan jaleosas como las que me dispongo a contarte —se alborotó Melina, escandalizada consigo misma.

—¡Tengo cinco años! —pateó contra el suelo en señal de protesta y le enseñó desafiante la mano abierta—. No es justo que me acuses de ser pequeño, porque no lo soy. —Temía ser devuelto sin más preámbulos a la cama.

—¡No me malinterpretes, por favor! —se le juntaron las cejas—. ¡Qué más da la edad que tengas, si cinco, diez o quince! Tu espíritu no tiene edad y tu mente absorberá como una esponja todo lo que yo te narre —apoyó la punta del dedo sobre la frente—. La historia es para todas las edades —el niño aplaudió a rabiar de entusiasmo—. Empiezo... —la bruja tosió para ganar tiempo y poder ordenar las imágenes, pero se dejó llevar por la derrota—. Se me escurren miles de historias que quiero contarte, y no sé por dónde empezar —resopló con fuerza.

Nicolás vio lo apurada que se encontraba, como si de pronto se le hubiese bloqueado la mente. Corretera dejó caer los cuernos sobre la tierra, mirándola con el rabillo del ojo.

—¡Ay, ay, ay! —Melina se golpeó la frente con el puño.

—¡Cuéntame yaaa! —chilló de impaciencia el niño.

El estruendoso grito de Nicolás aclaró de una sacudida la cabeza despistada de Melina, que tenía el cuento asomando en la punta de la lengua.